

La entrada de la Universidad Nacional de México en la sociedad intelectual de las Universidades del mundo es un acontecimiento digno de esta gloriosa fecha.

La Universidad de Pennsylvania felicita al pueblo de México, felicita á su ilustre Presidente, felicita á su eminente Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, felicita al señor Rector de la Universidad, y hace votos porque la magna obra emprendida hoy, prospere, y que de este centro de cultura irradian las influencias que contribuirán al progreso social y económico de ese gran país.

NÚMERO 142.

Discurso pronunciado por el señor don Victor M. Braschi, Delegado de la Universidad de Columbia, en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

La Universidad de Columbia, en Nueva York, tiene el grande honor de manifestar á usted que agradece y aprecia esta oportunidad de celebrar, en unión de los mexicanos, la implantación de la grandiosa idea de reunir y concentrar los elementos de instrucción que existen en esta culta ciudad, formando una Universidad Nacional para que así fructifiquen más pronto y más prácticamente, produciendo á los hombres profesionales que el rápido desarrollo de México necesita en proporción ascendente en todos los ramos de las artes y ciencias útiles á la humanidad.

Con placer hemos asistido á la inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios, coronamiento de esta importante obra, profesora de profesores, centro filosófico é intelectual, que llevará muy alta la antorcha de los profundos y complejos estudios que se hacen necesarios en el completo y perfecto desenvolvimiento de una Universidad que tiene todos los elementos de éxito con que ya cuenta la Universidad Nacional de México.

NÚMERO 143.

Discurso pronunciado por el señor Doctor Eduard Seler, Delegado de la Real Universidad Federico Guillermo, de Berlín, en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910.

En el nombre y por mandato del Rector y del Senado de la Real Universidad Federico Guillermo, de Berlín, que dentro de unos meses celebrará la fiesta de su centenario, tengo la honra de presentar á la Universidad Nacional de México, que nuevamente se funda, los augurios más sinceros por el buen éxito de sus trabajos y por una prosperidad segura. Cuando hace cien años se fundó la Universidad de Berlín, vivíamos en circunstancias muy tristes, teniendo al enemigo en nuestro país y hasta en nuestros hogares. Los jóvenes que en aquellos primeros años frecuentaban nuestra Universidad, dedicándose á los estudios puramente científicos, escuchando con avidez las palabras entusiastas de maestros de admirable aptitud, siempre tenían delante de sus ojos las duras penas de la patria, y cuando

dió la hora, dejaron sus estudios y venían en cuadrillas á alistarse para ayudar ellos también á derribar de su trono al tirano que oprimía y angustiaba á nuestro pueblo.

La Universidad de México nace en tiempo de fiestas y de alegría, en que todo México, lleno de orgullo y de satisfacción, celebra el Primer Centenario de su Independencia Nacional.

El tiempo de paz de que goza la Nación y que supieron asegurar al pueblo mexicano la sabiduría y la fuerza del ilustre hombre que dirige los destinos del país, al que todo el mundo mira con admiración y cariño, pueda este tiempo de paz continuar hasta un venidero sin límites. Sea la vocación de la Universidad que hoy se funda, desarrollar las fuerzas intelectuales del país, de todas las clases de sus habitantes, para que en trabajos científicos y prácticos lleguen á competir felizmente con todo el mundo.

Dando expresión á estos augurios y estos deseos, saludo á la joven Universidad con el antiguo saludo tradicional de la estudiantina: ¡Vivat, crescat, floreat!

NÚMERO 144.

Discurso pronunciado por el señor Arnold Shanklin, Delegado de la Universidad de Washington (Saint Louis Missouri), en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Señores:

He sido comisionado por el Doctor David Franklin Houston, Canciller de mi Alma Mater, la Universidad de Washington, de Saint Louis Missouri, á la que tengo el distinguido honor de representar como Delegado en tan agradable ocasión, para presentar á ustedes, señores, y á la Universidad Nacional de México, los saludos de la Universidad de Washington y la esperanza, el deseo y la creencia de que la Universidad Nacional de México, cuya inauguración se hace este día bajo tan propicias circunstancias, llegue á tomar su justo, eminente y sublime puesto entre las Universidades del Mundo.

NÚMERO 145.

Discurso pronunciado por el señor Profesor Albert J. Oschner, Delegado de la Universidad de Illinois, en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Señores:

Tengo el honor de presentar á ustedes los saludos del distinguido Presidente de la Universidad del Estado de Illinois, el señor Doctor Edmmund J. James.

No hay más que una nación, sólo una familia dentro de los trabajadores científicos, y por esta razón, sus hermanos de nuestra facultad, con más de cien profesores, casi cuatrocientos maestros y más de cinco mil estudiantes, ofrecen á ustedes congratulaciones fraterna-

les por sus proyectos magníficos al establecer una Universidad Nacional en esta la más hermosa de las ciudades.

Nosotros, los de la Universidad del Norte, deseamos ofrecer á ustedes nuestra cooperación en sus trabajos, que deben traer inmenso bien, moral, intelectual y económicamente, á todo el pueblo de esta República grandiosa.

NÚMERO 146.

Saludo de la Universidad de Cornell (Ithaca, Nueva York) á la Universidad Nacional de México, leído por el señor Doctor Thomas Frederick Crane, Delegado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.

A los Estados Unidos de México, en la fundación de una Universidad Nacional y en conmemoración del centésimo aniversario de su Independencia, envía felicitaciones y congratulaciones la Universidad de Cornell.

La Universidad de Cornell, aunándose al común sentir de todo el mundo civilizado, ha contemplado con estupefacción y admiración el maravilloso desarrollo de los Estados Unidos Mexicanos, especialmente durante las tres últimas décadas; el aumento del comercio; la extensión de medios de comunicación entre los Estados Federales; el impulso de la agricultura, y el desenvolvimiento de los recursos mineros, lo que ha asegurado la prosperidad material del país. Un largo período de paz interior y exterior y una patriótica administración del Gobierno Civil han unido á los Estados Federales en una Nación poderosa é ilustrada.

Para celebrar sus progresos en el pasado y para guiar su adelanto futuro, el pueblo mexicano se apresura hoy á inaugurar una Universidad Nacional. Ojalá que esta institución, coronando el sistema educacional del país, impulse la investigación de la verdad en todos los ramos del saber humano; ojalá que dé alas á los intereses inmateriales de la Nación, y operando en armonía con instituciones hermanas, de otros países, dé impulso al bienestar intelectual de toda la humanidad.

J. G. Schurman,
Presidente.

Gran sello de la Universidad.
Ithaca, Nueva York, septiembre de 1910.

NÚMERO 147.

Discurso pronunciado por el señor Doctor Charles S. Dolley, Delegado de la Universidad de Siracusa (Nueva York), en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910.

Al Departamento de Instrucción Pública y Bellas Artes.
México, D. F.

¡Salud!

La inauguración de la Universidad Nacional es indudablemente el más feliz de los muchos acontecimientos que marcan la celebración del Centenario de la Independencia Mexicana.

No hay bendiciones más altas que acarree la paz, como la de la oportunidad para el cultivo del espíritu, y nada podría ser tan significativo para los fines del pueblo mexicano, el aprovecharse de la mayor de las bendiciones de la paz, como el establecimiento de una institución destinada á centralizar y coordinar los medios presentes y futuros del adelanto intelectual.

Convencidas de lo que la Universidad moderna significa para la formación de los ideales de un pueblo y para preparar hombres que afronten las más grandes exigencias del progreso, las grandes Universidades de una República hermana, por conducto de los Delegados aquí presentes, felicitan al pueblo mexicano y á sus autoridades, de cuyas profundas aptitudes como estadistas se encuentra la expresión en el establecimiento de esta institución.

Y, en particular, la Universidad de Siracusa presenta en esta ocasión sus votos y felicitaciones porque alcancen su mayor grado de adelanto, con motivo de este acontecimiento, los hombres más distinguidos de la mentalidad mexicana.

Charles S. Dolley, M. D.,
Delegado por la Universidad de Siracusa.

Ciudad de México, septiembre 22 de 1910.

NÚMERO 148.

Saludo de la Universidad de Texas á la Universidad Nacional de México, leído por el señor Profesor Eugene C. Barker, Delegado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.

Universidad de Texas. Austin

La Universidad de Texas presenta su más cordial saludo á la Universidad Nacional de México, tan acertadamente organizada actualmente para coronar vuestro sabio y progresista sistema educativo. Creemos que la influencia de la Universidad Nacional de México, en el adelanto de la causa de la educación, está destinada á hacerse sentir, no solamente en el interior del país, sino en el mundo entero; y esperamos que llegará á ser, y que así permanecerá siempre, la más reverenciada y eficaz entre las muchas instituciones benéficas que han sido inauguradas para conmemorar el Primer Centenario de la Independencia Mexicana.

NÚMERO 149.

Saludo de la Universidad de Chicago á la Universidad Nacional de México, leído en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.

Universidad de Chicago, fundada por John D. Rockefeller.

Oficina del Presidente, septiembre 22 de 1910.

A Su Excelencia el señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

México.

La Universidad de Chicago tiende su saludo al Gobierno y al pueblo de México por el feliz acontecimiento que hoy tan espléndida-

mente conmemoran, y extiende su especial felicitación por la inauguración de una Universidad Nacional como un monumento perdurable. Nada podría imaginarse más conforme ni más significativo de la sabiduría que marca la política de nuestra República hermana.

El saber es la salvaguardia de la libertad, y la difusión de los conocimientos y el adelanto de la ciencia son los verdaderos protectores de una república. ¡Ojalá que la nueva Universidad perdure como una de las fuerzas más potentes que constituyan la seguridad, la prosperidad y la gloria de México!

Harry Prael Judson,
Presidente.

Thomas Wakefield Goodspeeds,
Secretario.

Gran sello de la Universidad.

NÚMERO 150.

Saludo de la Universidad de Stanford á la Universidad Nacional de México, leído por el señor Doctor P. Seefers Olson, graduado de la primera, en el acto de la inauguración de ésta, el 22 de septiembre de 1910.

Q. F. F. Q. S.

El Presidente y prefectos de la Academia fundada en memoria de Leland Stanford, hijo, al eximio Presidente de la República Mexicana y á los distinguidísimos directores de la instrucción pública, salud.

Largo tiempo ha que observamos con admiración y alegría el bienhadado destino y la creciente prosperidad del extenso país que confina con el nuestro al Sur, y ahora, de manera especial, nosotros, que acostumbramos celebrar cual una fiesta santa la del aniversario de nuestra libertad, juzgámonos merecedores de ensalzar, á una con vosotros, las virtudes de quienes ofrecieron la vida hace un siglo en holocausto á la libertad mexicana.

Habéis acordado conmemorar la fausta fecha con solemnidades extraordinarias, y una de las principales será la inauguración de la Academia Popular, y cual los esforzados varones cuyas proezas enaltecéis, así también se hallan dispuestos los soldados de aquella república literaria á sufrirlo todo, siempre fijas en el bien sus miradas, con tal que triunfe la verdad un día. Así, pues, no es posible que en memoria de aquellos muertos erijáis monumento alguno ni más estable ni más hermoso que la Academia, con respecto á la cual rogamus al Omnipotente la haga florecer por siempre juntamente con la patria. ¡Disipe ella con su radiosa tea las tinieblas de la ignorancia! ¡Ilumíneles á los hombres el camino de la sabiduría y de la justicia! ¡No menos que vuestro ilustre Presidente, tan gloriosamente benéfico á vuestra República como otro Augusto, seanlo para la Academia, por sus talentos, los profesores á ella adscriptos!

Mas como os habéis servido manifestarnos el deseo de que tomemos parte en vuestra solemnidad, delegamos al muy erudito señor Johannern Ernestum Matzke, Doctor en Filosofía y Profesor de Literatura Neolatina entre nosotros, para que os presente nuestras congratulaciones.¹

¹ Desgraciadamente, el señor Doctor Matzke murió en México antes de la inauguración de la Universidad Nacional.

En testimonio de lo cual lleva este documento el sello de la Academia y la firma del Vicepresidente.

En la Academia Stanfordsense de California, á 10 de septiembre del año de gracia de 1910.

John Casper Branner,
Vicepresidente de la Academia Stanfordsense.

Gran sello de la Universidad.

NÚMERO 151.

Cablegrama del señor Rector de la Universidad de Buenos Aires al señor Doctor don Joaquin Eguia Lis, Rector de la Universidad Nacional de México, en que le transmitió el saludo de la primera á ésta.

Rector Universidad.

México.

En Centenario Grito Dolores, acepte esa Universidad congratulaciones Universidad Buenos Aires y personales mías, con votos porque sean siempre más estrechos vínculos unión países América Latina.

Uballes,
Rector.

NÚMERO 152.

Informe leído por el señor Ingeniero don Andrés Aldasoro, Subsecretario de Fomento, Colonización e Industria y miembro de la Junta Directiva de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en el acto de la inauguración del edificio de ésta, el 10 de septiembre de 1910.

Señor Presidente de la República:

Designado por la bondad de mis consocios, voy á tener la honra de dirigiros algunas palabras con motivo de la inauguración solemne de la primera casa propia construída en México por la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Desde 1902, nuestra Sociedad emprendió en esta capital, y ha continuado con todo empeño, sus importantes trabajos en favor de la temperancia, de la cultura física y de la moralidad de la juventud mexicana, porque el porvenir de las naciones cultas depende muy principalmente del vigor y de las buenas cualidades de sus hijos.

La Asociación tropezó desde luego, como era natural, no solamente con los obstáculos que se oponen á todas las obras nuevas de propaganda, aunque persigan los mejores ideales, sino que tuvo que luchar también, para su buen funcionamiento, con lo inapropiado de las casas en que se vió precisada á alojarse. Sin embargo, cuando á fines de octubre de 1906, el Representante del Comité Internacional de esta clase de instituciones, Honorable señor John R. Mott, visitó la ciudad de México é inspeccionó los trabajos de nuestra Asociación, quedó tan complacido de ellos, que promovió la construcción de un edificio propio, adecuado á sus necesidades, y ofreció un donativo de cien mil pesos, por cuenta del Comité Internacional, para ayuda de la obra, como manifestación amistosa hacia la juventud mexicana y como una prueba de confianza respecto á la Junta Directiva que ma-

NÚMERO 153.

Discurso pronunciado por el señor Ingeniero don Norberto Dominguez, Director General de Correos, en el acto de la inauguración de las obras de provisión de aguas potables á la ciudad de México, el 21 de septiembre de 1910.

Señor Vicepresidente de la República:

Señores Representantes de las Naciones Extranjeras:

Señoras y Señores:

Un himno de amor y de esperanza, un triunfal cántico de gloria, una salutación de fraternidad y armonía entona hoy el pueblo mexicano con motivo de la conmemoración de los épicos sucesos que iniciaron su Independencia. Sobre la virgen tierra americana, donde floreció una de las más admirables de las civilizaciones primitivas; donde más tarde la espada del conquistador implantó la civilización cristiana, uniendo dos mundos que hasta entonces se ignoraban y cuyos destinos quedaron ligados para siempre, hoy un pueblo vigoroso y fuerte, al hacer el balance de un siglo, se siente orgulloso y altivo, al ver que sus titánicas luchas no han sido estériles, que la sangre de los héroes ha fecundizado el patrio suelo y que, sobre la tierra conmovida por la tempestad, se alzan el bosque exuberante y la floresta primaveral, deleitando la vista con la orgía de los colores, embalsamando el ambiente con gratos perfumes y arrullando el oído con el canto de las aves, el rumor de las fuentes y el murmurio de los árboles, en el espectáculo magnífico de las naturalezas tropicales en la apoteosis de la vida.

Nuestros orígenes, que arrancan de muy hondo; nuestros dolorosos recuerdos, que son nuestro mejor elemento de cohesión, pues nada hay como el infortunio para unir con lazo fraternal á los mortales; la sangre de nuestros antepasados vertida generosamente en defensa de la libertad; nuestras nobles ambiciones de ideal y de progreso; y, como dice el incomparable Renán, «el sentimiento de los sacrificios que hemos hecho y de los que estamos en disposición de hacer aún,» nos han dado el conocimiento claro y perfecto de lo que es una nación; nos han hecho sentir el inmenso amor á la Patria, haciéndonos ver en ese conjunto de hechos históricos, de tradiciones fabulosas, de costumbres populares, de virtudes admirables y heroicas, y, ¿por qué no decirlo también? de defectos, de preocupaciones, de errores y de vicios, algo más grande, algo más duradero que la insignificante y efímera vida individual.

Orgullosos de ser ciudadanos de un pueblo libre y conscientes de los deberes que impone tan honroso título, ostentamos ante el mundo civilizado, representado en nuestras fiestas por las delegaciones de países notables por su cultura, el noble espectáculo que presenta un pueblo que, enamorado del ideal y conducido hasta él por el trabajo, se agita en el ambiente sagrado de la Libertad.

¡Honremos, pues, á nuestra Patria! ¡Levantemos nuestros corazones hacia la altura! ¡Quememos el incienso en nuestros altares y reguemos con flores el suelo que nuestros héroes regaron con sangre! No importa la pequeñez de la frase ante la grandeza, la elevación y la universalidad del sentimiento que la dicta; pues ni el canto del poeta elevándose hasta la excelcitud en las divinas alas de la epopeya, ni la palabra del orador conmoviendo el alma de las multitudes, ni las creaciones de las artes plásticas inmortalizando con la vida de la forma y el color los hechos gloriosos de la Historia, son las

nejaba los asuntos de la institución. Para obtener ese donativo era requisito indispensable que por nuestra parte se reuniera otra cantidad igual, para invertir las en compra del terreno, construcción del edificio, adquisición de muebles, etc., con objeto de llegar á formar un centro digno de la cultura de México, donde se alojaran juntamente las dos ramas, inglesa y mexicana, de la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Por fortuna, la activa labor que se emprendió para reunir los fondos necesarios á la realización de ese proyecto, dió resultados tan favorables, que superó las esperanzas más optimistas de los socios, permitiendo ejecutar las obras en mayor escala de lo que se había deseado en un principio. Las ventajas de construir un edificio propio y adecuado á las necesidades de la institución fueron comprendidas desde luego por todos los capitalistas que se interesan por el bien de la comunidad y atendidas con largueza á tal grado, que en poco tiempo quedó terminada una casa como la que acabamos de visitar, sobre un terreno de mil quinientos metros cuadrados, ubicada en buen punto de la ciudad, compuesta de cinco pisos construídos con cemento y acero, empleando materiales exclusivamente del país, aprovechando todos los adelantos modernos y habiendo invertido en ella una suma total aproximada de cuatrocientos mil pesos.

Este nuevo edificio, además de constituir un ornato correspondiente á los progresos de la hermosa ciudad de México, permitirá el desarrollo de esta benéfica Asociación, asegurando la estabilidad de sus trabajos, proporcionando brillantes facilidades para los ejercicios físicos, haciendo factible la obra de educación en un sentido más extenso y proporcionando un centro social donde, bajo las mejores influencias, se reúnan los jóvenes que se hallen fuera de sus hogares, procurando ser útiles á sus semejantes en la lucha cotidiana de la vida.

La Junta que se encargó especialmente de la nueva obra, secundando los patrióticos sentimientos de la sociedad, hizo poderosos esfuerzos para terminar este edificio en el mes consagrado por la Nación entera á celebrar de una manera digna el Centenario de la iniciación de nuestra Independencia. Pero una vez conseguidos tan loables propósitos, la Asociación Cristiana de Jóvenes pretendió todavía obtener algo más, que mucho estima, para dar realce de solemnidad á nuestra sencilla fiesta: pretendió que la mano prestigiada de nuestro Primer Magistrado abriera la ancha puerta por donde deben pasar las nuevas generaciones de adolescentes, que, siguiendo la buena senda, llegarán á formar virtuosos ciudadanos que sepan estimar y sostener las grandes conquistas obtenidas por un hombre extraordinario para el bien y progreso de nuestra Patria.

Y á pesar del cúmulo de importantes atenciones que en las actuales circunstancias ocupan todo vuestro tiempo, nos habéis concedido honrar con vuestra presencia la inauguración del nuevo edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes de México, dando una prueba más del interés que tomáis en todos los adelantos de nuestra metrópoli y de la benévola consideración con que patrocináis nuestros bien intencionados trabajos.

Por todos estos señalados favores é importantes servicios, tengo la honra, señor Presidente, de manifestaros el más sincero agradecimiento de todos y cada uno de los miembros de nuestra Asociación y los fervientes votos por vuestra felicidad personal.

Dije.

manifestación es meramente subjetiva de una idea, ni tampoco la expresión aislada de un sentimiento individual. Porque el poeta, como el orador y como el artista, cuando trata de interpretar el sentimiento nacional, no buscan otra cosa que condensar en sus creaciones el alma de un pueblo, el espíritu de una raza, los ideales de un siglo; y el sentimiento que los anima es el mismo que palpita, tanto en el ambiente que nos rodea como en las profundidades de nuestra conciencia. Es la Patria la que habla por su boca. Es ella la que dicta las balbucientes palabras del niño, como el arrullo cariñoso de la madre que lo duerme en su regazo; el acento apasionado del joven, y el consejo prudente y sentencioso del anciano; el bélico clamor del soldado, y la predicación de paz del sacerdote. Es la voz de la Patria la que, resonando perpetuamente en nuestros oídos con el melodioso acento del ruiseñor enamorado, alegra el corazón y enaltece la conciencia; es ella la que brota de los labios de los poderosos, como de la boca de los humildes que demandan caridad y amor; es ella la que nace de las tumbas de los antepasados, elevándose cual luminosa exhalación, y la que descende cual lluvia bienhechora y fecundante de la inmensidad de los cielos; es ella la que se escucha como música lejana entre las brumas del pasado, y la que con estruendosa y alegre fanfarria nos conduce al porvenir, y su acento bendito resuena lo mismo entre el rumor de las ciudades que en la soledad de los campos, lo mismo en la deslumbrante claridad del día que en el silencio majestuoso de la noche.

Nuestro Gobierno ha querido solemnizar el Centenario de nuestra Independencia por medio de una serie de fiestas que nos dejarán indelebles recuerdos y que consistirán principalmente en la inauguración de grandes obras y benéficas instituciones, durante el mes de septiembre, que los mexicanos podemos con razón calificar de heroico; tocándome hoy el honor de dirigiros la palabra con motivo de la inauguración de las obras para el abastecimiento de aguas de la ciudad de México; obras colosales cuya importancia resalta a la simple vista, sin necesidad de ser un técnico para comprenderla, y cuya gigantesca magnitud no se hubiera explicado en los tiempos heroicos, sino por el esfuerzo de los cíclopes y titanes; pero que nuestra época realiza por la acción combinada de la ciencia y el dinero, las dos palancas más poderosas de las sociedades modernas y que en nuestros días realizan las obras atribuidas a las deidades mitológicas por el genio griego y la imaginación latina.

No es mi palabra, señores, en estos momentos, la de un ingeniero que pretendiera describiros las obras que acabamos de visitar, pues cualquier cosa que yo pudiera deciros acerca de ellas saldría sobrando después del luminoso informe de su sabio director. Y para atreverme a hablaros, más que sus luces a la ciencia, debiera pedir al patriotismo su fuego sagrado y a la poesía su inspiración divina, porque las grandes acciones de los pueblos y las obras colosales que realizan, sólo tienen vida perenne cuando el canto del poeta las ha cubierto con la aureola de la inmortalidad, salvándolas de la ingratitud y del olvido y transmitiendo su recuerdo de generación en generación, como el fuego en la simbólica procesión de las antorchas. Por eso desde que la luz de la inteligencia alumbró el cerebro humano, los poetas han sido en todas partes los primeros conductores de los pueblos y los primeros constructores de la Historia.

¿Qué pudiera yo deciros que no os sea familiar, con relación a la importancia del agua para el individuo y la sociedad? Desde el culto a las divinidades acuáticas, creadas por la fecunda imaginación de

los griegos, acostumbrados a representar en su religión antropomórfica todas las fuerzas naturales con símbolos palpantes de vida y de belleza, hasta los sabios preceptos de los higienistas modernos, proclamando la supremacía del agua sobre todas aquellas bebidas que, incapaces de sustituirla, presentan el inmenso peligro de sumergir al que las emplea en los horrores del alcoholismo; desde los misteriosos ritos de las religiones orientales, ordenando como una ceremonia dogmática las abluciones sagradas como emblema de la purificación, hasta las ideas, hoy universalmente aceptadas, que consideran el aseo como una señal inequívoca de cultura y una manifestación de dignidad y elevación moral.

No sin razón el pueblo más grande que los siglos han producido, el único en la Historia que ha realizado el ideal que muchos otros han perseguido después inútilmente y que ninguno realizará jamás, de unificar el mundo bajo un solo mando; no sin razón el pueblo a quien la humanidad será deudora de eterna gratitud por el servicio inmenso que le hizo de conservar el precioso tesoro de la cultura helénica y transmitirlo después agigantado con la grandiosa civilización latina; no sin razón el pueblo romano, en fin, concedió tan grande importancia a las obras de captación y abastecimiento de aguas, como lo atestiguan hasta el día las ruinas colosales diseminadas en sus dominios.

Y cuando la augusta paz romana extendía su sombra protectora hasta los más remotos confines del Imperio; cuando florecía aquella admirable civilización pagana que el espíritu burgués de nuestra época apenas vislumbra a través de los estudios de los eruditos, de las ruinas venerables y de las maravillosas obras de arte que nos ha dejado; cuando aquel pueblo como guerrero conquistaba al mundo, como político consolidaba sus conquistas con el respeto a las creencias nacionales de los vencidos, como legislador formulaba los principios del Derecho y levantaba las primeras hiladas de la sociedad civil y como administrador organizaba y jerarquizaba aquel vasto conjunto de tan hábil manera, que fué en su imitación donde el cristianismo encontró el secreto de su asombrosa vitalidad; cuando tantas maravillas se realizaban a muchos siglos de distancia de nosotros y sin los poderosos recursos de nuestra industria, las obras hidráulicas se multiplicaban por todas partes, el aseo y el cuidado del cuerpo desempeñaban un papel importantísimo y las termas, lejos de limitarse a llenar las modestas funciones de nuestros establecimientos balnearios, eran activos focos de vida social. En ellas la sociedad romana, libre de las preocupaciones de la lucha por la vida, gracias al trabajo del esclavo, pasaba feliz las horas entre los placeres del baño, las disputas de los filósofos, las controversias de los políticos, el trato con mujeres hermosas y la contemplación de obras de arte tan admirables, que sólo puede imaginárselas quien se haya extasiado ante el Hércules Farnesio ó haya sentido su cuerpo recorrido por el calor del terror al contemplar la más fiel expresión del dolor humano en la trágica figura de Laocoonte.

Se comprende sin esfuerzo que aun aquel tirano a quien sus crímenes dieron tan triste celebridad se preocupara por construir las termas que inmortalizaron su nombre. Caracalla, extendiendo el derecho de ciudadanía a todas las Provincias del Imperio y construyendo las suntuosas termas que los siglos de barbarie no pudieron destruir por completo, realizó dos obras grandiosas en su reinado y procedió de acuerdo con el paralelismo que existe siempre entre el progreso político y el progreso material de los pueblos, pues en todas

partes la construcción de grandes obras de utilidad pública contribuye eficazmente a la elevación de las instituciones.

Pero ¿a qué continuar, señores? Si yo pretendiera hacer la historia del agua a través de las edades, mi discurso sería interminable. Por otra parte, yo no veo esta festividad únicamente desde el punto de vista especial que la motiva, sino que la considero ante todo como una nota en un conjunto armónico, como una pincelada en un cuadro magistral. Si la emoción embarga mi ánimo, si el entusiasmo se desborda en mi alma, es porque me conmueven los triunfos de mi Patria y de mi raza, y si en estos momentos ambiciono poseer la magia seductora del verbo, es para ensalzar las glorias de la Patria Mexicana y para cantar los ideales de la América Latina.

Al ver a esos pueblos que son nuestros hermanos por el origen, por el idioma, por la raza y por las creencias, celebrar como nosotros el Centenario de su Independencia y atraer con sus progresos el aplauso universal, ¡qué satisfacción tan grande se experimenta! ¡qué noble orgullo se apodera de nosotros! Sus triunfos son los nuestros, como los nuestros son los suyos. ¡Qué confianza tan grande se despierta en los destinos de la humanidad cuando se ve a los pueblos de Hispano-América salir victoriosos de las crisis que los conmueven y en las cuales, si los pesimistas ven desconsoladores síntomas, los que creemos como en un dogma en el progreso humano, sólo vemos las eternas manifestaciones de la vida, la lucha de las ideas y la repetición en el Nuevo Mundo de las mismas escenas desarrolladas en el antiguo é inmortalizadas en el Arte, en la Leyenda y en la Historia!

Yo sé muy bien, señores, que los impacientes sueñan con una perfección felizmente imposible, pues el día en que se alcanzara, la humanidad carecería de ideales. No se me oculta que tenemos defectos que el patriotismo manda reconocer y corregir; mas no por eso debe el desaliento apoderarse de nosotros, ni disminuir un ápice el amor a nuestra Patria.

Moderen sus ardores los impacientes, suspendan sus críticas los censores y tengan presente unos y otros que la civilización, lejos de ser el resultado de un esfuerzo momentáneo, se asemeja en su desenvolvimiento a la formación de los inmensos arrecifes de coral, levantados por el trabajo milenar, pero microscópico, de los infusorios. Y cuando nos extasiemos ante los esplendores de las civilizaciones de los pueblos antiguos, no olvidemos que para formarlas se han amasado el sudor de los esclavos, las lágrimas de los oprimidos y la sangre de los mártires con el polvo de los siglos.

Firmes en la brecha, confiados en el porvenir y enamorados del progreso, los pueblos del Nuevo Mundo surgen, crecen y se agigantan en la lucha, colaborando en la obra grandiosa de la cultura humana. Y nuestra querida Hispano-América, tan poco conocida durante mucho tiempo, se levanta de improviso ante la absorta mirada del mundo, revelando que está llamada a desempeñar, que desempeña ya un papel importante en el concierto universal. En su vasto territorio se delinean ya las grandes cosmópolis del futuro, las modernas Babilonias de la cultura latina; sus instituciones evolucionan a pasos gigantes; sus hombres de Estado hacen oír su voz allende los mares, probando que en América se ama la paz y se conoce y se respeta el Derecho, y sus poetas y sus escritores excelsos, cultivando el idioma, que es el más fuerte lazo de unión y el símbolo más palpable de la patria, establecen una corriente de simpatía entre la Madre España y los pueblos de Hispano-América, haciendo vibrar con

nuevas sonoridades la bellísima lengua castellana, resucitando los siglos de oro de la literatura española y entonando cantos armoniosos en honor de la Naturaleza, de la Patria y el Amor, con la vigorosa inspiración de la poesía americana, exuberante como la vegetación de los trópicos, luminosa como el sol ecuatorial y atrevida como el águila que sirve de glorioso emblema a nuestra Patria.

Hoy, que un grupo de extranjeros ilustrísimos, con la alta investidura de representantes de sus respectivos países, nos honra con su visita, bendigamos como nunca la fraternidad humana que realiza actos tan hermosos. Felicitémonos de haber venido al mundo en una época en que la mutua compenetración de los pueblos y la emulación que de ella resulta, contribuyen tanto para el progreso de cada uno de ellos; pero tengamos presente, al mismo tiempo, que la obra de la civilización, lejos de minar y debilitar el sentimiento patrio, lo vigoriza y robustece, y que el ideal humano y el ideal patriótico, lejos de aniquilarse y destruirse, se complementan y unifican. Evitando la confusión de las bellas máximas de la fraternidad humana con las sugerencias de un cosmopolitismo peligroso y malsano, seamos cada vez más celosos de nuestra nacionalidad, pues si la conservación de las características personales es una cualidad en los individuos, en las naciones es la condición indispensable de su existencia.

Cuando realizamos obras como la que acabamos de inaugurar, cuando nuestras instituciones se mejoran, cuando nuestro nivel moral se eleva, cuando la gratitud nacional inmortaliza el recuerdo de nuestros grandes hombres y cuando las naciones de la Tierra nos tienden la mano del amigo y sellan nuestra frente con el ósculo del hermano, comprendemos lo mucho que vale la Patria y estimamos ese inmenso tesoro que heredamos de nuestros antepasados y tenemos la obligación de transmitir acrecentado a nuestros sucesores. Y en el idioma que se habla, y en las creencias que se profesan, y en los ideales que se persiguen, y en las memorias que se veneran, vibra el alma bendita de la Patria, pues, como ha dicho en arcaico estilo y bellísima frase el inimitable Anatole France: «*Lo que hace la Patria son los altares de los dioses y las tumbas de los antepasados.*»

NÚMERO 154.

Discurso pronunciado por el señor Ingeniero don José Ramón de Ibarrola, Director de la Comisión Hidrográfica, en el acto de la inauguración de varias obras del Desagüe del Valle de México, el 28 de septiembre de 1910.

Señores Secretarios de Estado:

Señores Ministros y Delegados Especiales:

Señores:

Habéis asistido a las suntuosas fiestas con que la República ha celebrado el Primer Centenario de la proclamación de su Independencia; habéis sido y sois aún los huéspedes predilectos de la Nación, que no ha escaseado esfuerzo alguno para haceros agradable vuestra permanencia en nuestra ciudad capital, reconociendo así la honra que nos han dispensado las grandes Naciones del Antiguo Continente y las Repúblicas hermanas de nuestro Hemisferio; habéis recorrido nuestras calles; habéis contemplado los monumentos que España, la Madre Patria, nos legara; habéis visto los que la presente admi-